

y sólo en dañar fijos,  
gustado apenas, les había lo bueno....?

Las antiguas heridas aún gotean,  
y abrirte quieren nuevas, insanables,  
los que amarte vocean,  
hipócritas, perversos, detestables!

¡Qué porvenir te labran tan funesto  
y tan discorde de tu bella aurora....!  
¿Doblará el cuello enhiesto  
la que del orbe se vería señora....?

¿Paz, dulce paz, de nuestro triste suelo  
para nunca volver te habrás marchado;  
y el fervoroso anhelo  
del patriota veraz será frustrado?

¿No ha de haber ya justicia so la tierra,  
ni quien vindique hollados sus derechos?  
¿siempre amagos de guerra  
mantendrán yermos nuestros caros lechos?

Si así ha de ser ¡oh Luna! cede el puesto,  
y haz al Ocaso de tu lumbre dueño:  
fine mi vida presto;  
cierre mis ojos el eterno sueño.

## ODAS HEROICAS

## III

A la heroica salida del Benemérito General José  
María Morelos por entre el ejército sitiador  
de Cautla Amilpas.

Insólito calor mi pecho inflama:  
siento en el alma desusado brío:  
con imperiosa voz la cara patria  
cantar me manda sus heroicos hijos,  
y el divino valor, y el arte sumo  
con que á sus sanguinarios enemigos  
en lid tan desigual vencer supieron,  
legando asombro á los futuros siglos.  
¡Sombras amigas, tenebrosa noche,  
madre del sueño y del sabroso olvido,  
que la creación reparas descaecida,  
y eres á la fatiga único alivio!  
¡Cuando aun los tigres y alimañas yacen,  
bajo tu cetro de ébano, adormidos,  
el hombre solo, con el ojo atento  
persigue al hombre, ni el menor resquicio  
de esperanza y de bien dejarle quieren  
su mortal rabia y odio vengativo!  
¡Oh noche! torna los brillantes ojos  
al desolado Anáhuac, mira el sitio  
do un puñado de bravos invencibles  
resiste del Averno el poderío;  
cansa miles de crueles, y supera  
su furor, sus ardides y sus tiros,

superior á la muerte, que en mil formas  
le presentan el tiempo y su enemigo;  
sin dejarle momento de descanso,  
ni entre ignominia ó muerte algún partido.

¿Qué, se rindieron ya? ¿La peste acaso...  
la hambre... la sed, y el número infinito  
de balas y de males que contra ellos,  
setenta días, y más, han dirigido  
la encruelecida suerte y atroz bando  
de viles y pagados asesinos,  
hundieron la esperanza de la patria,  
su único apoyo, en el sepulcro frío?

Alto silencio en los espesos bosques;  
alto en los montes, en el valle y río;  
hasta los vientos el aliento enfrenan;  
nada se mueve, nada, ¡oh caos antiguo!  
El genio del pavor, en negra nube,  
sobre los labios puesto el dedo frío,  
abre los ojos más y más, y en vano  
busca cuerpo en las sombras, ó algún ruido  
su atenta oreja, que otro no percibe  
que de su pecho el desigual latido.  
¡Ay de Morelos! ¡ay de la aguerrida  
gente, que en mil encuentros sostenidos  
de honor llenaron á la cara patria,  
su sien ornando del laurel divino!  
Cautla termina sus heroicas vidas;  
Cautla sepulta su valor invicto.  
¡Júbilo cuánto para el bando opuesto!  
¡Cuánto placer á su feroz caudillo!  
Ellos locos dirán: "No se rindieron,  
mas de nuestro valor víctima han sido".

No así, no así, mil bocas infernales  
con espantable horrisono estallido,  
lanzan á un tiempo silbadoras balas,  
el valle atruenan con letales ruidos,  
y con pálidas luces sucesivas

más horrorosos tornan los sombríos.  
¡Oh loco delirar, vana soberbia,  
que el patriótico esfuerzo has combatido,  
y con inmunda boca saboreabas  
de antemano sus últimos residuos!  
Mira al héroe de Anáhuac y á sus huestes,  
mayores más en el mayor peligro;  
jamás domados, y medrosos nunca,  
con orden marchan, y Mavorte mismo  
al héroe lleva de la diestra mano,  
y guía á los suyos con potente auxilio.  
¿Dó las trincheras en que tanto fiabas  
y los aprestos del porfiado sitio?  
¿Qué te valieron las espesas bandas  
de fanáticos crueles y malignos,  
que una vez y otras, derrotadas antes,  
aun te eran compañeras en delirio?  
Ni posible siquiera imaginaron  
tan heroico valor y alto designio.  
Por donde más el enemigo, astuto,  
había agregado estorbos exquisitos,  
al arte fatigando, y á los suyos,  
y puesto de sus tropas lo escogido,  
por allí rompe el héroe valeroso  
y dá á sus gentes cómodo camino.  
En vano, en vano perseguirlo quieren,  
ó perturbar la marcha que ha emprendido,  
por buscar sólo á su querida gente  
contra la hambre y la peste grato asilo.  
¡Ay del que osado se acercare un tanto!  
¡Ay de los más resueltos y atrevidos!  
La muerte encuentran infaliblemente,  
de nuestros héroes en los duros filos;  
y cual los gozques que al mastín persiguen,  
si á ellos torna una vez, despavoridos  
toman la huida, y aun á gran distancia  
del can robusto temen los colmillos;

así medrosos, tras de intentos caros,  
se tornen los realistas confundidos.

¡Salve mil veces, noche venturosa,  
que al héroe diste saludable abrigo!  
Gózate ¡oh patria! de los héroes cuna,  
viendo ya salvos á los más queridos:  
hoy tu sien orna su mayor hazaña,  
en su loor suenen inmortales himnos.

---

VI.

A la derrota del Ejército Español que invadió  
el Territorio de los Estados Unidos  
Mexicanos.

Oíd los acentos de mi acorde lira,  
mortales acuitados,  
oíd, naciones, los tonos que me inspira,  
proféticos y alzados,  
el numen Delio que el futuro mira.  
Con violentos latidos él levanta  
y hace agitar mi pecho, en fuego vivo:  
nuevos seres percibo:  
leda y segura asiéntase mi planta  
en otros firmamentos.  
¡Silencio, humanos, escuchad atentos!

Ocho veces de augusta cabellera  
el majestuoso Ajusco  
blancas, brumosas nieves sacudiera,  
restos de Invierno brusco,  
y otras tantas la dulce Primavera  
con su verdor y rosas la engalana,  
desde que (roto el yugo y las cadenas,

que de años tres centenas,  
puso á la amable gente mexicana  
fiera España opresora)  
era ella libre y de su hogar señora.

Un ruido pavoroso se oye, en tanto,  
en las tumbas que aun riega  
la gran Tenoxtitlán con triste llanto;  
la parca nos entrega  
nuestros pasados héroes; ¡brillo cuánto  
y cuánta majestad sus rostros tienen!  
Ellos hacia la playa se encaminan;  
desde allí vaticinan,  
de los tiranos que sulcando vienen  
las olas, satisfechos,  
los hados tristes, nuestros claros hechos.

Venid, dicen, antiguos opresores;  
llegad presto, confiados,  
soñándoos otra vez dominadores  
de aztecas malhadados,  
y engrosar con su pan y sus sudores.  
Venid rabiosos como hambrientos canes,  
que el tiempo pasó ya de la clemencia,  
y nuestra descendencia  
dejará ahora vengados nuestros manes;  
y de pelear su ensayo  
será arruinar la estirpe de Pelayo.

Tú, de Zempoala honor y pura lumbre,  
levanta, corre, apura,  
pasa volando la fragosa cumbre,  
recorre la llanura;  
ya de iberos inmensa muchedumbre  
vomita en nuestras playas el Oceano,  
ya profana su pie nuestras arenas:  
oye, oye las cadenas

que echar quieren de nuevo al mexicano:  
ya crujen sus cañones;  
ya rechinan los dientes sus legiones.

A un lado traen á la feroz venganza;  
á otro un espectro horrible  
que asqueroso y difícil huelgo lanza;  
cuyo ver es terrible,  
sin fijarse jamás en cuanto alcanza:  
roe sus entrañas inmortal gusano,  
y á todo el orbe dominar anhela,  
y nada le consuela  
mientras no logra su designio insano;  
y sus saltados ojos  
van tras la gloria vomitando enojos.

La Meguera infernal es quien preside  
los consejos de muerte  
que forman contra nos; pero decide  
el Cielo de otra suerte,  
y su designio y nuestro mal impide.  
A la demencia levantando altares,  
su perdición ante ella decretaron,  
si la nuestra juraron.  
Pocos repasarán los hondos mares  
y serán recibidos  
de huérfanos y viudas con gemidos.

Ora lo habréis con *libres* mexicanos,  
con héroes singulares  
que ya, blandiendo el hierro en duras manos,  
por su patria y hogares,  
harán morder el polvo á los tiranos.  
Ya, ya atrás deja la elevada sierra,  
y al mismo tiempo en ligereza iguala  
el campeón de Zempoala,  
y el divino Terán. Os hacen guerra,

á los dioses iguales,  
con ellos, mil aztecas inmortales.

No hay, no, tornar los ojos pavoridos  
á los yermos bajeles,  
de la empresa ya tarde arrepentidos:  
apuraréis las hieles  
que imaginábais dar á los vencidos.  
Aquesos fosos que zanjáis profundos  
ya se llenan de cuerpos palpitantes,  
que los nuestros, triunfantes,  
con denuedo despeñan, moribundos,  
de las altas trincheras,  
para ser pasto de nocturnas fieras.

El suelo retemblando se estremece:  
la muerte en mil figuras  
lo tala todo. Envuelto desaparece  
de humo en nubes impuras  
el almo Sol, y la tiniebla crece:  
de sangre humana cúbrese la tierra,  
y el Pánuco enrojece. Fascinada  
esa horda, con la espada  
en la mano, su infamia y males cierra.  
¡Ay del que imperio ensaya,  
que aun insepulto quedará en la playa!

Nada resiste al ímpetu y bravura  
de los claros campeones,  
cuya paciencia el español apura.  
De los hispanos leones  
no hay ya temer la horrible dentadura,  
ni que, de hoy más, atruenen con rugido  
el quieto valle y monte silencioso:  
su furor orgulloso  
fué, para siempre, en Pánuco vencido,

y al mundo, con su muerte,  
prueban que es invariable nuestra suerte.

Salud, hijos, salud, una campaña  
purgó de hidras el suelo  
escarmentando á la caduca España,  
que, á costa de su duelo,  
de su loca ambición se desengaña;  
y en vez del nuevo imperio suspirado,  
ve bajar sus legiones al abismo,  
á impulso de heroísmo,  
cual enorme peñasco desquiciado,  
que, con sonido horrendo,  
va por lóbregos senos descendiendo.

Y tú, progenie de los dioses cara,  
claro Santa-Anna, vive,  
sostén de un pueblo, que por prenda rara  
del cielo te recibe,  
y que, mal grado de la envidia avara  
hará que triunfes de enemiga suerte;  
vive: los grandes hechos que algún día  
atónito aplaudía  
el orbe, borrará tu brazo fuerte;  
no tendrá igual tu gloria,  
y no ajarán los siglos tu memoria.

Ni la tuya, Terán, hijo querido  
de Minerva y de Marte,  
probará nunca el polvo del olvido:  
la patria ha de llamarte  
de sus Lares el más esclarecido:  
y cuando peinen la nevada cana  
en plácida quietud nuestros ancianos,  
y endurezca sus manos  
en la labor, la juventud lozana,

dirán sus cantilenas  
que tú los libertaste de cadenas.

No bien Hércules nace, y ya triunfante,  
desde la misma cuna,  
con las sierpes jugó, con que arrogante  
la envidia lo importuna;  
áselas de los cuellos el infante;  
ellas se enroscan en su brazo fuerte,  
por deslizarse luchan, y él, risueño,  
ve el inútil empeño  
con que pretenden evitar la muerte:  
seguro las provoca,  
y cansado del juego las sofoca.

A Júpiter así, tropa salvaje,  
de raza gigantea,  
negó el debido culto y homenaje:  
provócalo á pelea,  
y añade insultos al primer ultraje:  
los elevados montes desquiciaron;  
los ven los dioses, con pavor y asombro,  
que, cual arista, al hombro  
así los llevan: fieros hacinaron  
uno sobre otro, y luego  
van el cielo á talar á sangre y fuego.

Ya en el alcázar soberano suenan  
las blasfemias atroces,  
y las deidades de temor se llenan:  
de huír tratan veloces;  
con el miedo sus mentes se enajenan;  
solo el potente Júpiter, sereno,  
los ve subir en loco desatino,  
arma el brazo divino,  
y airado lanza el retumbante trueno.

¿Donde están? ¿que se hicieron?  
Horrorosos abismos lo cubrieron.

Torna al momento la quietud pasada,  
y con almos cantares  
resuena toda la mansión sagrada,  
en loores singulares  
de la augusta deidad, nunca ultrajada  
impunemente, que del alto cielo  
gobierna, y la abundancia y luz envía,  
y la pura alegría,  
otra vez al cuitado mustio suelo.

Hé aquí, inmortal Santa-Anna  
tu historia, y de la gente mexicana.

Cual si otra vez oyera el caos oscuro  
la voz omnipotente,  
así arde el Sol, en nuevo fulgor puro,  
y así vegeta y siente  
el sér, y en formas mil vaga seguro.  
¿Qué es el horrendo crimen denegrado?  
¿La envidia venenosa dó se oculta?  
¿En qué pechos abulta  
el ajeno levísimo descuido?  
¿Soberbia dó descuella?  
¿Cómo ya al infeliz audaz no huella?

¿Dó en traje envuelta, sucio y andrajoso  
la sedienta avaricia,  
con oído siempre abierto y cuidadoso,  
se desvive y malicia  
hasta del ruido que hace en el hojoso  
árbol vecino, la aura leve y fría;  
retiembla, se imagina ver saqueado  
su tesoro adorado?  
¿Dó el adulterio, y la traición impía

con doble cara? ¿dónde  
la horda de vicios tímida se esconde?

A la par todos yacen aherrojados  
como leones furiosos,  
en los senos del Orco retirados,  
donde en vano rabiosos  
mordiendo están sus hierros redoblados.  
Aura serena México respira.  
No hay males ya, las cuitas terminaron.  
En su hogar se sentaron  
del Anáhuac los fuertes; ¡cuál admira  
su paternal gobierno,  
quién de la patria el bienestar eterno!

¡Oh triunfo! ¡oh de Septiembre oncenno día!  
No numen lisonjero  
turba hoy la acalorada fantasía.  
Al siglo venidero  
de asombro llenarás, ¡oh patria mía!  
de libertad asilo, de héroes cuna,  
que así sobre naciones te sublimas,  
y alejas de tus climas  
la chusma de opresores importuna.  
Serás, de hoy, respetada,  
y tu amistad con ansia codiciada.